

ruido, deja encendidos los fuegos de su campamento, y á unos cuantos centinelas encargados de seguir dando el alerta reglamentario; y al amparo de las sombras, vuela al encuentro de los austriacos. Toma posiciones en la Carbonera, y en una batalla que los peritos en la ciencia militar consideran como *obra maestra de estrategia*, mas aún, como *la única batalla digna de ese nombre*, que además de la de Miahuatlán, se dió en toda esa época, derrota y aniquila al enemigo. Inmediatamente vuelve sobre sus pasos, reforzado con las armas quitadas á los austriacos; y cuando los sitiados de Santo Domingo apenas habían advertido la ausencia del sitiador, y comenzaban á salir de su encierro derrochando fanfarronería, cae sobre ellos y consume la doble victoria, favorecido por el pánico de los desprevenidos imperialistas, que no abandonaron la fortaleza sino para dejarse batir mejor.

Esta serie de asombrosos atrevimientos contrasta notablemente con la prudencia que el mismo gran soldado empleó en el sitio de México. En este caso, el Ejército de Oriente, que acababa de reconquistar Puebla, era exíguo para poner cerco estrecho y riguroso á la capital, y más todavía para intentar el asalto con buenas probabilidades; los sitiados eran fuertes aún, y en un raptó de desesperación podrían haber roto el cerco y prolongado la lucha al dispersarse por el territorio.

Así, todo lo que fue audacia y celeridad de acción en Oaxaca, se convirtió en México en calma y reposo; pero en ambos casos coronó el triunfo la actividad decidida de un ataque y la actividad prudente del otro.

El último elemento de éxito en la actividad es la abnegación. Trabajar sólo para sí es egoísmo odioso y estéril por añadidura. Raro será el ejemplo de un verdadero egoísta que haya hecho algo grande. La solidaridad humana es tan estrecha, tan útil, tan indispensable, que no se puede procurar el bien para nosotros mismos, sin procurarlo para los allegados; y mientras más útiles seamos para los otros, más habremos trabajado en nuestra propia felicidad. Mas para esto se necesita ser abnegado y abominar del egoísmo.

Ahora bien: ¿qué ejemplo de abnegación más hermoso podremos hallar que el del General Díaz que ha consagrado su vida al bien de los mexicanos? Y todavía á los setenta años, cuando se le pide que siga en su puesto, contesta:

«Lo haré gustoso hasta mi último día.»

SEGUNDA PARTE

LA OBRA

SEGUNDA PARTE

LA OBRA

LA OBRA DE LA SEGUNDA PARTE

LA OBRA DE LA SEGUNDA PARTE



General de División Don Porfirio Díaz, en la época de su primer periodo presidencial (1876-1880).



DIFÍCIL es comprender y casi imposible juzgar el valor y la trascendencia de una obra artística, científica ó política, estatua, libro ó nación, sin conocer á fondo las cualidades y los defectos, las grandezas y las miserias del carácter del autor, ya se trate del artista, ya del literato, ya del caudillo. La recíproca, en fuerza de ser igualmente cierta, ha llegado á ser vulgar: á las personas se les conoce por sus acciones.

En efecto, el hombre y sus obras están ligados tan íntima é indisolublemente, que sólo por excepción rarísima, extraordinaria, suelen ser disímbolos y antitéticos el creador y la creación. Lo normal, lo sano, lo regular, la ley que rige en la naturaleza y en la vida, es que el hijo se asemeje al padre que le engendra, y el pensamiento á la inteligencia que le concibe. De donde resulta que así como los seres son bellos y buenos ó deformes y perversos, según fueron sus progenitores, del mismo modo las ideas son grandes y levantadas ó mezquinas y rastreras, conforme á las almas en que nacieron. En esta ley suprema, equilibrada por la de progreso constante, descansa el prodigioso mecanismo de la conservación de las especies, de su evolución hacia el perfeccionamiento y, en suma, de la vida del universo.

He aquí explicada la razón porque creemos que este libro quedaría trunco si después de haber intentado realizar

en él la empresa de popularizar las altas lecciones morales, palpitantes de vida y de verdad, que nos da en cada uno de sus rasgos uno de los caracteres más vigorosos, nobles y armónicos que registra la historia, cual es el del General Díaz, omitiésemos presentar, aunque sólo sea en síntesis, la resultante de las energías que hemos recomendado, el fruto de las virtudes que presentamos como ejemplares y, en resumen, la obra grandiosa y trascendental de ese hombre, cuya influencia y fama traspasaron tiempo ha las fronteras de nuestro país y aun la inmensidad de los mares, para extenderse por todos los ámbitos del mundo civilizado. Hacer tal mutilación equivaldría á romper la unidad y á destruir la armonía de lo que por la naturaleza y por la razón debe conservarse y enseñarse completo y enlazado con los estrechos vínculos que ligan el efecto con la causa.

La misma finalidad de nuestro pensamiento padecería en su eficacia, porque la suprema razón de ser de la virtud, es el bien; más no el bien propio únicamente, sino el bien de los otros, el bien general. Por lo tanto, para distinguir del virtuoso egoísta é inútil á la sociedad, al hombre social positivamente bueno y útil, es indispensable presentar su obra, que será la demostración irrefutable de la fecundidad y del altruismo de sus cualidades, si además de su propio engrandecimiento, supo lograr también el de los demás.

* * *

Facultad esencial del alma humana es la aspiración á investigar y á descubrir las causas de cualquier fenómeno que atraiga y fije la atención, ya sea por bello, ya por terrífico, ya por los peligros con que amenace, ya por los bienes que prometa.

Y si la obra social del General Díaz, por lo inmensa y admirable, ha llegado á fijar la atención europea, harto desdenosa para todo lo que se escapa á su influencia, natural y legítimo es que los mexicanos, como inmediatos interesados, hayamos ejercitado y sigamos ejercitando grandemente nuestras especiales aptitudes críticas, en analizar, juzgar y co-

mentar los actos políticos del genial regenerador de la patria.

Desgraciadamente, es también ley humana que los sucesos históricos no puedan ser apreciados en su justo valer á raíz de acontecidos. La conciencia de las sociedades, como las lentes, está sujeta á aberraciones ópticas, y tiene una distancia focal, más allá y más acá de la cual deforma ó confunde los objetos: cuando los ve muy de cerca, porque el insano y caliginoso ambiente que produce la efervescencia de las pasiones, vela y tiñe los sucesos con matices inciertos y exagerados; y cuando los contempla á la distancia que forman los siglos, los contornos se esfuman, los detalles se pierden, y siendo ya incomprensibles los móviles de las acciones, pocas figuras conservan á través del tiempo sus verdaderos rasgos y exacta proporción, á causa del alejamiento del que las juzga.

Por esto es útil y patriótica la tarea de ir dejando caer al paso de los años, documentos que como los acumulados en este libro, sirvan por su sinceridad para guiar á los historiadores futuros en la reconstrucción de esta época, la más digna de estudio en lo que va corrido de la vida de la República Mexicana.

A nuestra vez, si queremos darle algún mérito á esta labor, estamos obligados á no seguir incondicionalmente, ni adoptar sin prolijo análisis, opinión alguna de las que hoy privan acerca de las causas de la pacificación y del engrandecimiento nacionales. Nos hallamos frente á frente de la misma formidable dificultad que ha paralizado ó desviado los esfuerzos de historiadores de talla, siempre que se trata de apreciar sucesos contemporáneos: la misma abundancia caótica de documentos contradictorios y el recio embate de las pasiones, ofuscan, extravían é inducen á error.

La única probabilidad de acierto en este caso, es la aplicación estricta y serena de un método crítico riguroso, cuyas inducciones descansan no en pareceres de amigos ó adversarios, ni en supuestos más ó menos probables, sino en hechos perfectamente comprobados, contundentes, fuera de discusión desde cualquier punto de vista que se les considere.

Conviene advertir que no intentamos presentar la obra

completa del General Díaz, porque aún compendiándola mucho, excedería los límites de este libro. Grandes volúmenes se han llenado ya con simples datos para la historia de los últimos treinta años. Por otra parte, hemos dicho ya que éste no es un estudio histórico: sus fines son morales, exclusivamente educativos, y por eso, para llenarlos nos limitaremos á escoger aquellos hechos conducentes á nuestros propósitos. No se nos oculta que para ello se requieren manos muy hábiles é inteligencias excelsas, porque la obra del genio sólo puede ser bien medida y apreciada por el genio; pero nos alienta la creencia de que lo bueno y lo bello no necesitan ser explicados ni comprendidos para emocionar y producir el bien. Y la obra del General Díaz es eminentemente grandiosa, benéfica y educativa, sin sombra de duda.



EL PELIGRO DE LA GUERRA CIVIL

Tremendo desengaño fué para los patriotas sinceros la enconada y tenaz lucha por el poder, que contra el Presidente Juárez iniciaron, provocando consecuencias lamentables, el General González Ortega primeramente, y más tarde, el Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada, cuando aún estaba fresca la sangre que había costado rechazar la Intervención extranjera á que dimos pretexto con nuestras discordias intestinas.

Y en verdad que sobran motivos para desesperar. Hasta entonces, la guerra civil había tenido explicación fundada, excusa digna, finalidad noble: luchábase por llevar á cabo una gran reforma social y política; se trataba de purgar las culpas y de enmendar los errores de la expoliadora dominación española; se combatía por el triunfo de grandes principios y se aspiraba hacia altísimos ideales de igualdad ante la ley, de libertad de conciencia y de libertad de trabajo. Y aún cuando en el fondo hubiese algunas otras causas menos loables de la pugna fratricida, la grandeza de los móviles antes enumerados, todo lo justificaba y sublimaba.

Pero vencido y desorganizado para siempre el poder teocrático, abolidos los privilegios, conquistadas las libertades, desamortizada la riqueza eclesiástica, consagrada la Constitución por el sacrificio de millares de víctimas inmo-

ladas ante ella, y afirmada la autonomía con el supremo y habilísimo acto de justicia que se consumó en el Cerro de las Campanas, las nuevas querellas entre los prohombres del partido liberal, ya no por la Constitución, sino sobre la Constitución, se presentaban desconsoladoramente desnudas de todo velo: aquello no era ya cuestión de principios, ni lo que se discutía eran los intereses sagrados de la patria, sino las conveniencias de dos personalidades; y de aquellas polémicas electorales, mezquinas como todas las que entablan los rúbulas sobre la interpretación de un artículo de código y que terminaban fatalmente en rebeliones, asonadas, efusión de sangre y trastornos económicos, la gente sensata sólo podía augurar desgracias mayores que las ya sufridas por la nación en cerca de medio siglo de anarquía.

Desde luego quedaba evidenciado que habían sido perfectamente inútiles las duras enseñanzas de la Intervención, infructuosos los enormes sacrificios hechos por reorganizar las instituciones, y estériles los esfuerzos de quienes habían creído regenerarnos, dándonos libertades que empleábamos en destruirnos. Los que declaraban á los mexicanos ineptos para la vida social independiente, parecían triunfar en toda la línea.

Lo peor de todo era que si las luchas de principios y las guerras de independencia tenían término racional y ofrecían esperanzas ciertas de concluir en algún tiempo, aunque fuese remoto, ya por el triunfo definitivo de alguno de los bandos, como concluyó la guerra de Reforma, ya por la expulsión ó ajusticiamiento del invasor, como se hizo con el español, el francés y el austriaco, en cambio, la discordia en el seno del partido liberal sólo tenía un término posible: el suicidio, la pérdida de la nacionalidad y quizás la absorción final por la poderosa República del Norte, cuyos intereses económicos, lesionados por nuestras absurdas guerras civiles por la legalidad, no hubieran tardado en reclamar imperiosamente la pacificación ó el sojuzgamiento de este país, que es su mejor mercado y, á la vez, su proveedor natural.

La frase siguiente, harto expresiva, condensa mejor que nada el estado de conciencia de los estadistas extranjeros, respecto de nuestras convulsiones políticas:

Oaxaca Nov. 24 de 1859

Sr D Angel Matias Corzo

Mi estimado amigo

Sabrá V. que las fuerzas de Oajaca tambien un revés cerca de Tehuacan y qe en consecuencia el enemigo ocupó la ciudad de Oajaca el día 7 del corr. La guarnición nuestra evacuó la plaza y marchó a uno de los puntos de la sierra, donde el gob^o del Estado se ocupa de aumentar sus fuerzas.

En Tehuantepec habia un deposito de cerca de cuatro mil fusiles con municiones abundantes y la mayor parte de las armas estan ya en manos fieles bajo el mando del Comandte Dn Porfirio Dias. qe es buen gefe. de manera qe si los reaccionarios invaden a quel punto, tengo seguridad de que non escarmintado.

Como Tehuantepec es la barrera qe debe impedir qe el enemigo non se ocupar el frente de la ventosa, Minatitlan y ese Estado conviene que se procure todo lo posible la guarnición Al efecto le suplico fije su atención en el Itsmo auxiliando de todas maneras al gefe. Ya he mandado situar una fuerza en Minatitlan para que la línea de Tehuantepec que p^a acá este cubierta.
Por Tehuantepec
Puedo V. escribirme

Veracruz, Nove. 24 de 1859.

SS. D Angel Matias Corzo.

Mi estimado amigo

Sabrá V. que las fuerzas de Oajaca tuvieron un revés cerca de Tehuacan y qe. en consecuencia el enemigo ocupó la ciudad de Oajaca el día 7 del corrte. La guarnición nuestra evacuó la plaza y marchó á uno de los puntos de la sierra, donde el gob^o del Estado se ocupa de aumentar sus fuerzas.

En Tehuantepec habia un deposito de cerca de cuatro mil fusiles con municiones abundantes y la mayor parte de las armas estan ya en manos fieles, bajo el mando del Comandte. Dn. Porfirio Dias, que es buen gefe: de manera qe. si los reaccionarios invaden aquel punto, tengo seguridad de que sera escarmintado.

Como Tehuantepec. es la barrera que debe impedir qe. el enemigo pase á ocupar el puerto de la Ventosa, Minatitlan y ese Estado conviene que forcemos todo lo posible la guarnición Al efecto le suplico fije su atención en el Itsmo auxiliando de todas maneras al gefe. Ya he mandado situar una fuerza en Minatitlan para que la línea de Tehuantepec que p^a acá este cubierta.

Por Tehuantepec puede V. escribirme.

CHAPTER 1
Introduction to the Study of...

CHAPTER 1
Introduction to the Study of...

Cerca de Queretaro tubimos tambien un descalabro; pero no es de grande consecuencia contra nuestra causa.

Diré á V el estado guardamos has fuerzas del Sr Degollado á ultimas fechas estaban entre S. Luis y Guanajuato. Como de pronto carese de artillería tendrá que demorarse mientras venga de Ventosa y la artillería de grueso calibre que compramos en el Norte. A la fha. deben estar reunidos cerca de Guadalajara mas de cinco mil hombres de buena calidad y con buena artillería los Senores Ogazon, Coronado, Valle y Rocha. En Morelia habia dos mil hombres y se levantaron numerosas fuerzas por haber llegado ya el armamto. qe se compro en los Estados Unidos y fue por Panamá

El Sr. D. Juan Alvarez ha recibido ya tambien armamto qe se compro en el Norte y las municiones de qe carecia. En fin tenemos elemtos. que se comenzaran á mover Cuido V su Estado y Tehuantepeque de donde puede V pedir las armas que necesite.

Soy su amigo afmo

Q. B. S. M.

BENITO JUAREZ.

Cerros Guatamara

tubimos tambien un descalabro; pero no es de grande consecuencia contra nuestra causa?

Diré á V el estado guardamos has fuerzas del Sr Degollado á ultimas fechas estaban entre S. Luis y Guanajuato. Como de pronto carese de artillería tendrá que demorarse mientras venga de Ventosa y la artillería de grueso calibre que compramos en el Norte. A la fha. deben estar reunidos cerca de Guadalajara mas de cinco mil hombres de buena calidad y con buena artillería los Senores Ogazon, Coronado, Valle y Rocha. En Morelia habia dos mil hombres y se levantaron numerosas fuerzas por haber llegado ya el armamto. qe se compro en los Estados Unidos y fue por Panamá

El Sr. D. Juan Alvarez ha recibido ya tambien armamto qe se compro en el Norte y las municiones de qe carecia. En fin tenemos elemtos. que se comenzaran á mover Cuido V su Estado y Tehuantepeque de donde puede V pedir las armas que necesite.

Soy su amigo afmo

Q. B. S. M.

BENITO JUAREZ.

BENITO JUAREZ

Interesante autógrafo de Don Benito Juárez, que da idea de la importancia que tuvieron los servicios prestados por el entonces Comandante Porfirio Díaz, en el Gobierno de Tehuantepec.

—“¿Cuándo acaban con ese nido de víboras?”—preguntaba cierto ministro inglés, al General norteamericano Ulises Grant.

¿TIENEN LOS PUEBLOS DERECHO AL SUICIDIO?

De haber llegado aquel caso, es triste pero necesario decirlo, mal hubiéramos podido protestar contra la invasión. El mundo civilizado estuvo de nuestra parte cuando rechazamos la Intervención francesa, porque uno de los derechos incontrovertibles de los pueblos es el de constituirse libremente, y de esta libertad se pretendía privarnos entonces: pero las revueltas de carácter puramente personal, en ninguna parte gozan de simpatías, ni las justifica nada. Así es que con muy buenos pretextos habrían intervenido los demás pueblos para poner punto á nuestras cuestiones de palabras, fundados en el derecho con que la sociedad le quita de la mano la pistola al que pretende suicidarse. Existe perfecta analogía entre algunas de las relaciones del individuo con la sociedad y las recíprocas de los pueblos; y puesto que la libertad individual tiene por límites los derechos de los coasociados, la soberanía de un pueblo debe también acabar donde comiencen los derechos de las otras naciones.

Al razonar de esta manera, es indudable que nos quedamos muy por debajo de lo que los pueblos fuertes suelen exigir de los débiles, cuando éstos vulneran los intereses ó tientan la codicia de aquéllos: basta abrir la historia por cualquiera página para convencerse de la exactitud de estas duras verdades, de las que nunca se penetrarán suficientemente bien los espíritus de los mexicanos.

Así mismo, basta hojear las crónicas para descubrir en toda su espantosa desnudez otra verdad no menos dura acerca de los sucesos políticos ocurridos desde que el General Díaz puso en manos de Juárez, con admirable desinterés, el pabellón de la República victoriosa, hasta que lo recogió del hombre inepto que estuvo á punto de conducirlo al naufragio definitivo; he aquí esa verdad: excepción hecha de

muy contados hombres de buena fe, la inmensa mayoría de los políticos de esa triste era, sólo discutían sus propios intereses, no los de la patria, que yacían en completo olvido.

Tarea ingrata y, sobre todo, ajena de nuestros fines, sería relatar esos acontecimientos al por menor; eso equivaldría en estos momentos á exhumar de una huesa recién cerrada, el cadáver de un leproso. ¿Y á qué exponerse á infestar de nuevo nuestro bien saneado ambiente político, desenterrando gérmenes de virulentos morbos sociales, por dicha extinguidos ya? Quédense nombres y fechas para los que se pagan de palabras ó para quienes por deber necesiten decirlos más tarde, al escribir la historia de esa época de la vida nacional. Para nuestro objeto, nunca con más oportunidad puede decirse que el nombre no hace á la cosa; y el hecho á que aludimos es verdadero, existió; de eso no cabe dudar.

EL PUEBLO ERA ARRASTRADO A LA GUERRA CIVIL

Bajo cualquiera luz que se examinen las últimas revueltas de México, preciso es reconocer que no tuvieron más móvil ni otra causa cierta, que la muy sabida de que la guerra era hasta entonces en este país, la única industria viable y suficientemente remuneradora para los hombres de empresa. Pero importa mucho establecer á la vez, otro hecho tan esencial como indiscutible: ciertamente, la guerra era la única industria nacional viable, mas no era el pueblo quien la prefería y explotaba, sino las clases directoras. Al pueblo, al verdadero y desdichado pueblo, se le arrastró casi siempre á la guerra; y á fe que no sólo la mayor iniquidad, sino también la mayor torpeza de quienes tal hicieron, fué el haber apartado al indio de la sementera, de la mina y del taller, para sacrificarlo á miras puramente egoístas: he aquí la causa lógica é indudable de la perpetua bancarrota económica que sin falta daba al traste con los gobiernos de cuartelazo. La penitencia en el pecado.

Por eso es superficial la creencia de que el licenciamiento de los setenta mil soldados de las reservas del Ejército, que fué necesario y justificado hacer cuando terminó la Guerra de Intervención, haya sido la causa directa de la recaída en la guerra civil. El error consistió no en haber devuelto el obrero al trabajo, sino en no haber sabido encauzar ni aprovechar en algún sentido útil para la nación, las energías y las actividades de los jefes de esos setenta mil hombres, que en realidad no eran soldados, sino de ocasión y por la fuerza.

¿Acaso es posible olvidar tan pronto los horrores de la leva? Admira que alguien pueda creer que el indio haya dejado por gusto su parcela de terreno, su yunta y su jacal; con ser allí tan dura y triste su condición, siempre era mejor que la vida del soldado raso en esas épocas, toda miseria y privaciones, y sin más perspectivas que la muerte obscura en el campo de batalla, la ejecución en masa al abortar el pronunciamiento ó el banco de palos al frustrarse la deserción. En cambio, para los jefes la guerra era la fortuna, el amor, la gloria, el poder; tomar á la vida civil, prosaica y ordenada, equivalía á renunciar á todo un mundo de halagüeñas esperanzas; y puesto que la patria no podía lanzarse á aventuras del género de las que ideó el gran Napoleón, como derivativo de la fiebre revolucionaria de Francia, ni podía mantener á su Ejército en pié de guerra, porque eso nos habría conducido á la agotante paz armada, cuando el Presidente Juárez los condenó á colgar el uniforme y á volver patrióticamente á la obscuridad de que habían salido, ellos se encargaron de demostrar, á fuerza de pronunciamientos, lo ingenuo de tal determinación, altamente democrática, pero nada humana y todavía menos política que humana.

HAY QUE DESCONFIAR DE LOS POLITICASTROS

Aquí nos sale al paso otra palabra de la clave que explica el recrudecimiento de la guerra civil después del triunfo de la República. Así como los simples soldados eran arrastrados por sus jefes, éstos lo eran á su vez por los politicastros, una de tantas calamidades heredadas del podrido régimen colonial.

Allá en los tiempos de "Religión y Fueros," los militares procedentes del venal Ejército creado por Su Alteza Serenísima á imagen y semejanza propia, se pronunciaban por su cuenta y en defensa de sus caros y sustanciosos privilegios y de los del clero, que pagaba largamente porque le defendieran los suyos. Pero no es posible confundir ni comparar siquiera á los jefes pronunciados del antiguo Ejército, tradicionalista y corrompido, con los jefes que á raíz de terminada la guerra de Intervención se alzaron en armas. Si bien estos alzamientos son tan reprochables como todos, porque comprometieron seriamente el porvenir de la patria, no cabe duda en que los pronunciados de esta última época de trastornos, valían moralmente mucho más que sus antecesores. Para convencerse de ello, basta recordar que la oficialidad del Ejército liberal, se formó en mayoría de lo mejor y más honrado de la juventud mexicana que tomó la espada en defensa de la nacionalidad é impulsada por nobilísimos ideales.

Desgraciadamente, la situación anómala en que esa oficialidad quedó por el licenciamiento, apartada de la vida pacífica y demasiado avanzada en la carrera militar para resolverse á cambiar de ruta, se prestaba mucho para que los politicastros sacasen partido de ella; y lo sacaron sin escrúpulos. Puede asegurarse que con muy raras excepciones, detrás de cada jefe de los pronunciados por la legalidad, se ocultaba algún politicastro, jacobino ó conservador, defraudado en las ambiciones que cifrara en el triunfo ó en la ruina de la República.

EL GENERAL DIAZ DEVOLVIO EL PUEBLO AL TRABAJO

El licenciamiento del Ejército no fué sino uno de tantos pretextos de rebelión más ó menos hábilmente explotados entonces, como la legalidad y el federalismo, pero que en sí no tuvo influencia preponderante, menos aún decisiva, en los disturbios posteriores á la segunda Independencia. La prueba clarísima é incontestable de ello es que el General Díaz no necesitó para afirmar la situación, llamar á las armas á los setenta mil licenciados, ni pactar en forma alguna con el militarismo pretoriano y disolvente. Muy por el contrario, es palpable, está á nuestra vista, que la política de este gran soldado, en perfecto acuerdo con el alto y genuino espíritu militar que todos le reconocen, ha tendido siempre tenaz y firmemente á disciplinar el Ejército, á descargar al erario de gastos onerosos, mediante la reducción de las tropas al efectivo estrictamente necesario para garantizar la seguridad pública y la conservación del orden; y sobre todo, á instruir y á moralizar á la oficialidad, particularmente á la de superior graduación, y á reducirla á su verdadero papel de "servidora" y no de "tirana" de la patria, de celosa guardiana y no de perturbadora del orden.

Esta política, que los más remotos antecedentes militares del General Díaz abonan y prueban que es hija de convicciones muy depuradas y sinceras, desmiente y pone fuera de discusión la especie de que el triunfo del plan de Tuxtepec, fuera un triunfo del militarismo, y trajera consigo la dictadura militar. Esta es una de tantas soflamas burdas con que se ha querido sembrar la duda y el descontento en los espíritus sencillos. Quien como el General Díaz no tiene en toda su hoja de servicios la más ligera mancha, no podía desmentir su vida entera convirtiéndose en dictador militar; esto no hubiera sido lógico ni humano, y en efecto, no ha sido. Racionalmente, fatalmente, como una consecuencia ineludible de su pasado político y militar, el General Díaz debía ser quien exterminara la especie dañina de Pío Marcha. Así lo hizo; y no creyendo completa su obra con la ruina total del militarismo